

CAPITULO VI

La creación de la abundancia

El temor de la escasez, tan apremiante en las primeras horas de la revolución, había desaparecido. El impulso dado a la producción fué tan intenso, que la abundancia aumentaba, crecía como una inundación, y con ella aumentaba el encanto. La alegría de vivir surgía espontánea y se extendía ilimitada. Reíase de las inquietudes de ayer.

Sin embargo, por vanas que hubieran sido esas inquietudes, se comprende que hubieran preocupado a los mejores y más optimistas revolucionarios.

Cuando se hizo la transición entre los dos regímenes, se sabía cuán artificiales eran las crisis de sobreproducción que desequilibraban la sociedad capitalista; se sabía que nunca había habido realmente plétora, sino crisis de atascamiento, de impedimento de regular

circulación, resultante de una distribución desigual e insuficiente.

Si los labradores se quejaban de tener demasiados frutos, si los viñadores se exclamaban por falta de venta, si los pescadores arrojaban al agua el pescado que no compraban los revendedores, si los almacenes rebosaban de calzado, de vestidos, no era porque sobrarán frutos, vino, pescado, calzado, vestidos... puesto que había poblaciones enteras que carecían de ello.

Por consiguiente, era de prever que, ante el libre consumo, la sobreproducción no duraría mucho.

Por otra parte, los teóricos de la explotación humana habían repetido con tanta insistencia que la imposición y la fuerza era indispensable para reducir al hombre al trabajo, porque sin el aguijón del hambre y el cebo de la ganancia se entregaría a la pereza, que tan disparatadas y repetidas afirmaciones habían causado ciertos temores.

Si ocurriera lo que pretendían los malos augures, si el pueblo, desalentado y cansado de trabajar para los otros, se negara a trabajar para sí mismo, la miseria no sería vencida, y pronto triunfaría de nuevo la reacción.

¿No se hundieron así las revoluciones anteriores?

En 1848 derramó el pueblo su sangre por conquistar la república y puso a su servicio tres meses de miseria... pero su suerte, lejos de mejorarse, empeoró. ¡Vinieron las matanzas de julio! Después, como los negocios no marchaban, como el trabajo estaba paralizado, el pan escaseó más que bajo la monarquía.

Como consecuencia, el pueblo, desilusionado, dejó hacer el golpe de Estado de 1851.

¿No era de temer idéntica perspectiva, si, agotadas las reservas capitalistas, hubiera sido imposible el reabastecimiento? ¿No era de temer que se desencadenase la discordia entre los obreros y que de ella se aprovechara la burguesía para restablecer su reinado?

En el Congreso confederal pesó esa duda sobre los delegados sindicales, y por ello no se atrevieron a fijar la duración del trabajo a menos de ocho horas diarias. En aquella circunstancia se hicieron eco de los sentimientos de la masa obrera: también ella, turbada por las preocupaciones y errores que se le habían inculcado, temía no poder asegurar la satisfacción del conjunto de las necesidades sociales.

Pronto probó la experiencia lo infundado de tales temores. Jamás hubo en el mundo tal ardor y unanimidad para el trabajo, salvo quizá en 1791, cuando el campesino, que aca-

baba de librar la tierra de los privilegios feudales, de arrebatársela al señor, sintió despertar en sí la dignidad humana y, pisando un suelo libre, se dedicó al trabajo con insuperable energía. ¡Aquellas horas espléndidas se vivieron otra vez! Y en el nuevo caso, campesinos y obreros sintieron el mismo afán, el mismo entusiasmo.

Escasos fueron los refractarios al trabajo; tan escasos, que los sindicatos desdeñaron, respecto de ellos, tomar medidas de boicote efectivo, limitándose a tratarles despreciativamente y a rechazarles. Los perezosos fueron tan mal vistos como antes los confidentes policíacos y los explotadores de la prostitución, cuyos oficios, si daban de comer, envilecían. Así, los individuos que, faltos del propio respeto, carecían de limpieza moral y se burlaban de la desconsideración para comer de ese pan, eran excepciones.

También fueron excepciones los que prefirieron el desprecio al trabajo, que nada tenía de imposición molesta y era una gimnasia física, muscular, necesaria para la salud.

Se había glorificado tanto la ociosidad y la holgazanería, y se había despreciado tanto el trabajo, que no era extraño que el deseo de vivir como parásitos no hubiera desaparecido

completamente en seres gangrenados por el medio burgués. Sin embargo, aparte de que esa propensión a la pereza fué muy restringida, sólo fué momentánea: era una malaria moral, endémica en el pantano capitalista, que persistía después de su desaparición, pero que disiparía la nueva atmósfera.

Se trabajó, pues, con un vigor desconocido en fábricas y talleres patronales. Ya no eran esclavos, asalariados, curvados bajo una obligación odiosa, tanto más pesada, cuanto su resultado era más inútil y perjudicial: eran hombres libres que trabajaban por su cuenta, y aportaban a la realización de la tarea libremente aceptada un empeño inaudito.

El temor de que faltara lo necesario hizo realizar prodigios: se trabajó con furor; se hizo un esfuerzo colosal, imposible en el trabajo asalariado. Hubo fábricas en que los compañeros, por voluntad propia, se impusieron un trabajo complementario para aumentar la cantidad de productos disponibles para todos; en otras partes, hombres que habían alcanzado la edad del reposo, reclamaron su plaza en el taller, no queriendo aceptar la liberación del trabajo a que tenían derecho mientras no se hubiera adquirido la certidumbre de la abundancia.

En las grandes aglomeraciones humanas,

París, entre otras, el temor a la falta de productos alimenticios fué la gran obsesión. Para hacer frente a ese hipotético peligro, se dedicaron miles de trabajadores a cultivar la tierra en las extensas granjas de las inmediaciones, de que se habían apoderado los sindicatos de obreros agrícolas de la región, unidos hacía tiempo a la acción confederal. Organizáronse tandas a las que se incorporaron los parisien- ses, dejándose guiar sin infatuación por los compañeros competentes. Duro fué su trabajo, dada su falta de costumbre; pero no era pesado y repugnante como lo era la labor agrícola de antaño. Se recurrió a toda la maquinaria utilizable; cavadoras y arados automóviles hicieron maravillas, y se adelantó tanto, que en algunos meses se adquirió la certidumbre de cosechar legumbres, patatas y trigo para satisfacer las necesidades de la población parisien.

Como, por otra parte, no se descuidó entablar relaciones con las poblaciones agrícolas lejanas, la seguridad fué perfecta: de un extremo a otro del territorio desapareció el temor de la escasez.

Respecto de la producción industrial y manufacturera, el temor fué menos importante. Se procuró reducirse a la producción nacional,

para no recurrir a la exportación más que en corta proporción. Entre otras materias primeras, se salvó la penuria de la cría de ganados, racionalmente organizada, para satisfacer al mismo tiempo la necesidad de la alimentación.

La transformación de materias primeras en productos manufacturados no presentó insuperables dificultades. El maquinismo había alcanzado tan alto grado de perfección, tal como lo transmitió la sociedad burguesa, que permitió hacer frente a las necesidades esenciales sin graves cuidados.

En concepto industrial, todos los esfuerzos se dirigieron a atenuar, si no a hacer desaparecer completamente, los daños de las industrias peligrosas, de los oficios insanos o antihigiénicos. La reducción de la jornada de trabajo era un paliativo insuficiente; era preciso que el trabajo no constituyera peligro ni sufrimiento, tanto para que esos oficios no fueran abandonados, como para establecer una relativa equivalencia entre todas las funciones y todas las ocupaciones sociales: era inadmisibles para lo sucesivo que unos se dedicaran a tareas casi agradables, mientras otros, como en el pasado, ejecutaran trabajos de presidiarios.

Los sindicatos de esos oficios apelaron a

todas las iniciativas, al saber de los profesionales y de los ingenieros, y como no se trataba ya de poner en una balanza vidas humanas de una parte y precio de coste de otra, se llegó a soluciones satisfactorias.

Poco importaba, en efecto, que para llevar a un punto de consumo un producto cualquiera se necesitara emplear doble o triple tiempo que antes, siempre que ese trabajo no perjudicase a quienes a él se dedicaban y se realizase en condiciones higiénicas aceptables.

En muchos casos, tanto respecto de herramientas y maquinaria como procedimientos de fabricación, las transformaciones necesarias eran conocidas y no había más que ponerlas en práctica. Si así no se había hecho anteriormente, culpese a los patronos, que se negaban a toda reforma higiénica o salvadora benéfica para el obrero por no aumentar los gastos de producción y obtener mayor ganancia con tan criminal economía; también tenían culpa los mismos obreros, que por rutina, irreflexión y bajo el imperio de la necesidad se sometían a trabajos que ya sabían habían de causarles enfermedades y la muerte.

En la vía de la mejora técnica e higiénica se llegó a resultados considerables. Gracias a la intervención científica y a diversos procedimientos y métodos, el trabajo de limpieza

de cloacas no ofreció ya temidos peligros; en las cristalerías se generalizó el soplo mecánico, y por efecto de mejoras higiénicas, aquel trabajo perdió su carácter infernal; en las industrias del hierro y del acero, en las fábricas de productos químicos, en las manufacturas de tejidos, en todo, se operaron transformaciones del mismo género.

El trabajo de lavado y planchado, que se había conservado tan primitivo, con las tiendecillas en que el escogido de las ropas desparramaba los gérmenes de las enfermedades infecciosas, con los lavaderos sucios e incómodos; ese trabajo que cuando se había intentado industrializarlo se había hecho con perjuicio de la salud de las obreras, fué completamente renovado.

La panificación que, hasta el siglo xx había quedado prehistórico, fué también transformado; los hornos infectos y mal creados fueron suprimidos; el amasador no mezcló ya su sudor a la pasta, la máquina hizo la operación del amasado.

Muchas otras industrias fueron también completamente renovadas. Ninguna rama de la actividad humana fué descuidada; a todas aportó perfeccionamientos el genio inventivo, duplicando el rendimiento y haciendo desaparecer todo resto de la servidumbre del hombre:

[ya no era el esclavo, sino el amo de la máquina!

Se pusieron en práctica muchos descubrimientos abandonados, tomándolos de Artes y Oficios. Se asistió a una maravillosa floración de invenciones que no habían podido prevalecer anteriormente, sofocadas por la indiferencia, la mala voluntad, la rutina o el interés.

Las grandes compañías de explotación, los grandes capitalistas tenían, en efecto, la costumbre de comprar los privilegios de perfeccionamiento de su maquinaria para evitar su difusión. Se tuvo de ello una prueba con motivo de la toma de posesión de las fábricas de París generadoras de la electricidad: en sus subterráneos se halló, entre otras cosas, toda una serie de contadores de electricidad, más perfeccionados los unos que los otros. La compañía compraba el privilegio exclusivo a los inventores, no para aplicarlos, sino para suprimirlos, para evitarse la transformación del material.

Infinidad de ejemplos podrían citarse: muchos hombres de genio habían luchado contra los obstáculos que se les oponían; otros habían fracasado por falta de recursos, y es incalculable el número de los que sucumbieron llevando su ideal al sepulcro.

En el siglo XVIII, Jacquard fué rechazado, y su telar fué destrozado por los tejedores lioneses, que temieron verse privados de jornal; al fin del siglo XIX fué despreciado el telar Northrop en las filaturas, como lo fueron medio siglo antes los *mull-jennys*; cuando Lebon descubrió el gas del alumbrado no halló en Francia quien tuviera la inteligencia y la audacia de aplicar su procedimiento; Achereau, inventor fecundo que enriqueció a muchos capitalistas con una veintena de descubrimientos, murió de hambre en Menilmontant; Martin, el inventor del freno en vacío que ha evitado tantas catástrofes en ferrocarriles, fué ridiculizado, y mientras vegetaba y moría casi en la miseria, su descubrimiento se vulgarizaba en América bajo el nombre de freno Westinghouse, enriqueciendo a unos americanos que le pusieron en práctica; el inventor genial y gran poeta Carlos Cross, el inventor de la fotografía de los colores y del fonógrafo, que explotó Edison, vegetó toda su vida; Mimault, el inventor del telégrafo «Baudot», murió en presidio por haber disparado su revólver contra el padrino y usurpador de su aparato...

¡Cuántos nombres podrían agregarse a ese martirologio!

¡Oh! ¡La sociedad capitalista fué una cruel

madrastra para los hombres que se salían de la rutina! Cuando no los mataba, los ridiculizaba: sus sabios oficiales condenaban a los precursores, probando con esforzada argumentación que eran desequilibrados, locos o ignorantes.

Ya no sucedería así: todo el que tuviera una idea podría desarrollarla y ponerla en práctica libremente; nadie se opondría a sus proyectos y contaría con el concurso de todos. Si se trataba del perfeccionamiento de una máquina, o de un nuevo procedimiento, siempre hallaría entre los compañeros de la corporación, no sólo un apoyo sino también algún consejo útil.

No faltaba material, mano de obra ni primera materia. Se hacían todas las pruebas; no se retrocedía ante ningún experimento dudoso bajo el vano pretexto de evitar despilfarro de trabajo y de materiales; se prefería correr el riesgo de un fracaso para evitar el peligro de abandonar un precioso descubrimiento.

Esa mentalidad, producto de la revolución, era diametralmente opuesta a la mentalidad burguesa, fundada sobre el misoneísmo y el conservatismo.

La característica del régimen capitalista fué el miedo al cambio, a toda sacudida, a toda

modificación: adorábase el inmovilismo; la anquilosis y la petrificación representaban el ideal.

Ahora dominaba lo opuesto: la plasticidad era la esencia del régimen; su equilibrio se obtenía por su extrema movilidad; gracias a esa perpetua aspiración a ser, a lograr, a conseguir, la sociedad se halló en constante transformación, en progreso indefinido.

Por esa saturación del nuevo ambiente, por la tendencia a la variabilidad, surgía un ideal de vida más elevado que nunca.

La igualdad de bienestar no engendró la indolencia y la apatía; lejos de secar las fuentes de la emulación, las purificó. Los que antes suponían que sin el cebo de la ganancia desaparecería de la sociedad el genio de investigación y de empresa, el deseo de saber y de descubrir, sufrieron gran desengaño al ver destruídas prácticamente sus profecías.

CAPITULO VII

Complicaciones exteriores

La profunda sacudida social que transformó tan completamente la fisonomía de Francia, repercutió en toda Europa. Los pueblos, excitados por el ejemplo de la clase obrera francesa, aspiraban a marchar sobre sus huellas.

La monarquía había caído en las naciones latinas, y españoles e italianos forzaban las etapas para que su revolución no se redujera a una simple modificación gubernamental y adquiriera el carácter social que la hiciera fecunda. En los países sajones era menos ardiente la fe en la huelga general; los pueblos dudaban antes de lanzarse a la aventura.

Los gobiernos que aun se sostenían, temiendo no poder comprimir indefinidamente el empuje emancipador, aumentaban su odio a la revolución. Entre ellos y el nuevo régimen instaurado en Francia quedaron rotas desde un